

EL NEGRO

TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II

Director y Redactor: WASHINGTON P. BERMÚDEZ
Director artístico: ANTONIO PEREZ

Nº 8

MONTEVIDEO, FEBRERO 23 DE 1896

TE CONOZCO, MASCARITA

ADMINISTRADOR
Pedro W. Bermúdez Acuña

CALLE TREINTA Y TRES N.º 91
Teléfono: «Cooperativa» 648

Suscripción

Mensual \$ 0.80
Núm. suelto . . . \$ 0.20
Atornada . . . \$ 0.30

Dicen que en cierta ocasión,
A un miserable jumento,
Ocurrióle el pensamiento
De vestirse de león.

Y ataviado con la piel
De la valerosa fiera,
El pollino por dó quiera
Iba haciendo su papel.

Animal que en su camino
Hallase al otro, creyendo
Que miraba a un león tremendo,
Huía al punto del pollino.

¡Y cómo el asno gozaba
Con disfraz tan de su gusto,
Y mucho más con el susto
Que á los borricos pegaba!

Por fin una mula vieja
La mentira descubrió,
Un día que aquel dejó
Ver la punta de la oreja.

Quando los demás supieron
Por la mula el artificio,
A un jumento tan simplicio
Qué patadura le dieron!...

Pues también el inocente
Juan Lenas, para imitar
Al borrico, quiere andas
Con traje de Presidente.

Pero el hombre es tan animalito,
Que toda la gente, viendo
Su disfraz, se va riendo
(Te conozco, mascarita!)



Sumario del número 8.—Textos.—Te conozco, mascarita—Carnaval político—El ministro Vidiella—Por qué está preso el señor Cuadra—Aventuras de Robuchón—Montevideo, Minas, Paysandu, San José y Rivera—Cosas de negro—Crítica social: Ir por lana y salir trasquilado—Anuncios.

Caricaturas.—Te conozco, mascarita—Carnaval político—Y multitud de grabados alusivos intercalados en el texto

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un seudónimo ó señal al pie, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

El ministro Vidiella

No lo era, ni tampoco lo parecía. Sin embargo, todo el mundo equivocaba al hombre con S. E. y no caía de su burro.

Cuando á la grey humana, que denominan pueblo, se le mete una idea en el meollo, quién diablos se la saca de allí? Y si es mala, peor. Más y más se afirma en ella y se da en propagarla á los cuatro puntos cardinales.

Así, verbigracia, la gente ha dado en llamar analfabeto al Presidente de la República; y aunque consta que sabe leer, y lo que es más, escribir, como lo prueba el hecho de que firma sus mensajes y los recita en la Asamblea como un papagayo, analfabeto le quedará como epíteto hasta el último instante de su vida.

Por eso á una máscara que salió á lucirse el martes de carnaval, archi-repantigado en un coche descubierto tirado por dos corceles briosos, que apenas podían arrastrar la pesada mole de carne y hueso que iba en el asiento posterior, la multitud se obstinaba en tomarlo por el ministro de Hacienda.



Erase el personaje un individuo gordo, muy gordo, con una cara rubicunda, muy rubicunda, y las patillas entre rojas y castañas. En esa cara molletuda sobresalía la nariz, no por sus dimensiones, sino por tener la punta colorada, como se dice que la suelen tener los individuos que rinden frecuente culto á Baco.

He ahí, pues, que por esa parte no había similitud entre la máscara y el ministro de Hacienda, porque es público y notorio que el ministro no se entrega al vicio de la ebriedad. Al contrario, S. E. abomina de los alcoholes y no usa más que agua... á lo menos para lavarse el rostro.

Además el disfrazado iba en mangas de camisa, con unos pantalones muy arremangados, sostenidos por dos tirantes gruesos. Item, no llevaba medias ni escarpines, y calzaba unos zuecos ó abarcas de lo más ordinario. En lugar de sombrero, le cubría el cráneo un medio barrilillo, por debajo del cual le asomaba un mechón de cabellos.

Han visto ustedes de esa guisa al ministro de Hacienda?

Por último, el seudo-ministro cargaba debajo de cada brazo una gran botella, no sabemos si con vino ó caña, ó sin líquido ninguno; y de tiempo en tiempo fingía apurar ó beber hasta la última gota del contenido de una ú otra botella; relamiéndose después los bigotes ó secándoselos con las mangas de la camisa.

Han visto Vds. proceder de ese modo al ministro de Hacienda?

Por lo tanto, no era el ministro de Hacienda ni tampoco lo parecía. Eso sí, convenimos en que el máscara misterioso, copiaba fiel y admirablemente una caricatura que aparece muy á menudo en EL NEGRO TIMOTEO, en la cual muchos



han creído maliciosamente encontrar la vera efigies del propietario de los corrijos de Toledo y Colón.

Protestamos del error que se padece al respecto.

Como trasunto animado de la caricatura de EL NEGRO TIMOTEO, que no es la vera efigies del ministro, el hombre del carruaje estaba cabal y perfecto, y bien se merecía las palmadas y los hurras que el pueblo le tributaba, yendo en pos del coche como caravana interminable.

Pero los gritos de ¡Viva el ministro Vidiella! ¡Viva el ministro Vidiella! y los aplausos estruendosos con que festejaban la ocurrencia del máscara, prueban también que este no era el ministro, porque á serlo, la multitud le hubiera llenado de improperios y de silbidos, no de palmadas y hurras. Hurras y palmadas á un ministro-calamidad?

Con esto más: que si el máscara se parecía al ministro ó lo parodiaba grotescamente, el Presidente de la República, la familia del Presidente y las personas extrañas que á la sazón se hallaban en su domicilio, no habrían salido á los balcones para ccelebrar al misterioso personaje de la caricatura de EL NEGRO TIMOTEO.

Porque el Presidente, su señora, sus niñas, sus niños, los edecanes y las visitas que estaban en el palacete del magistrado supremo, se alinearon en los balcones las dos veces que por la calle del 18 de Julio pasó el carruaje con el máscara, y rieron á más y mejor del que, según la gente y los diarios, mas no según nosotros, representaba al ministro de Hacienda!

Hé aquí lo que consignaba *La Tribuna Popular*:

«Un amigo de las caricaturas se propuso fastidiar al ministro Vidiella y lo fastidió lindamente.... El hombre como don Federico modelo la caricatura de EL NEGRO TIMOTEO, y te lo hizo, tan á imitación, que iba, levanta aplausos y bra guía muchas cuatructo.»



«El ministro de mentirijillas iba en una victoria descubierta, ocupando él solo, con su enorme volumen, el asiento principal. En la cabeza llevaba un tonel por sombrero, y su rostro tenía tal parecido con el del autor de los proyectos financieros que han de salvar al país, que era imposible la duda.»

«Aquel era don Federico, sí, señores, y diputado hubo y pensionistas también, que al paso del carruaje se descubrieron respetuosamente, creyendo que se las habían con el verdadero secretario de Estado en el departamento de Hacienda. Lo que más llamaba la atención eran las pantorrillas del máscara (y las botellas?) unas pantorrillas grandísimas, blancas, que lucían en el fondo del carruaje.»

«Este fué el único máscara original de todo el carnaval, y lo prueba el hecho de que todos lo aplaudían sin cesar. La policía, que nosotros separamos, no trató de impedir su exhibición, cosa que verdaderamente es asombrosa bajo el reinado de don Juan Idiarte y de don Gregorio Sanchez.»

Como que no era ni se parecía al ministro. Si uno ú otro de aquellos señores hubieran sospechado que el máscara misterioso representaba al ministro de Hacienda, hubiesen permitido que el pueblo se mofase de él y lo chulcara y lo tuviera de hazmerreir?

El Día alude también al monigote, y el órgano de las púdicas vestales—recuérdese que algunas faltaron á sus votos y fueron castigadas—se expresa en los términos siguientes:

«La única máscara que se ha hecho notar este año por su originalidad y por el disfraz sumamente ocurrente, ha sido una que representaba al ministro, que fué víctima de lo que les ocurrió ha político - perso admirable. Es á una de las caricaturas con que generalmente se le representa. Un barril, muchas uvas, un par de zuecos sólidos etc. etc.... La máscara fué muy festejada.»



Nos felicitamos de que EL NEGRO TIMOTEO haya dado pié para el disfraz del sujeto, cuyo buen gusto proclamamos; pero en honor de la verdad y en homenaje al ilustre ministro de Hacienda, repetimos que la caricatura de nuestro periódico nada tiene que ver con el propietario de los viñedos.

Jamás nos atreveríamos á burlarnos de un caballero tan digno, tan talentoso, tan honrado, tan patriota, tan sin defecto público ni privado—sobre todo el de ser amigo de los licores espirituosos—y con otros méritos y virtudes que callamos por no lastimar su modestia y su sencillez de costumbres.

Y con esto, y una cuba del ron más fuerte de Jamaica, hasta el año que viene!



Por qué está preso el señor Cuadra

—Porqué á Cuadra, comerciante De Rivera, han aprehendido? —Porque así lo ha resuelto Nuestro primer gobernante.

—Porqué motivo ó razón Venía comunicado? —Porque así se le ha antojado Al jefe de la nación.

—Porqué á la cárcel no ha ido El presunto delincuente? —Porque el señor Presidente, Claro está, no lo ha querido.

—En el cuarto batallón Porqué á Cuadra han encerrado? —Por haberlo así ordenado Nuestro supremo mandón.

—Vaya! y al juez competente Porqué no ha pasado el preso? —Porque no ha pensado en eso Su Excelencia el Presidente.

—Porqué el alto Tribunal No reclama como es ley? —Porque don Juan es el rey De la nación oriental.

—Rey don Juan? Silencio, bruto! Ni rey es, ni serlo puede. —Pero entretanto absoluto Como el rey más absoluto.

—Porqué cualquier diputado No hace una interpelación? —Porque con su reelección Cada cual se halla ocupado.

—Porqué cierto periodista Y senador, por su parte....? —Porque una cosa es el arte, Y otra cosa es el artista!

Aunque á la Constitución El Presidente taladra, El Cuadra sigue en la cuadra Del famoso batallón.





Y ni el Poder Judicial,
Ni el Poder Legislativo,
Dicen al Ejecutivo
Que su acción es ilegal.

Pues Cuadra, si es delincuente,
Luego de ser arrestado,
Debió, sin más, ser pasado
A su juez correspondiente.

Ni es tampoco una prisión,
Aunque lo sea, el recinto
Del batallón cuarto-quinto,
Ni de ningún batallón.



Ay! qué profunda verdad
El Presidente decía:
«Señores, reina en el día
La paz en la libertad.»

Tal decía el personaje
En su mensaje mal hecho,
Aun cuando firmó en barbecho
Las mentiras del mensaje.



Y los señores, que son
Los señores diputados
Y senadores, callados
Siguen... tocando el violón.

Y tocándolo más mal
Todavía, si es posible,
Sigue con faz impasible
El Superior Tribunal.

Tierra en que músicos tantos
Así se ganan la vida,
Marcha «libre y constituida»...
¡Como con Latorre y Santos!

Postdata.

Acabamos de saber la causa de la prisión del comerciante de Rivera y vamos á comunicársela al público.

No es por cuestión política, como se ha susurrado: es tan solo por cuestión de nombre, ó más propiamente de apellido.

El comerciante de Rivera se llama Cuadra, apellido violatorio de la ley del sistema métrico decimal.

El jefe político señor Pedragosa, invocando la ley, aplicó una multa al comerciante y le pidió que cambiase de apellido.

El comerciante se negó á lo uno y á lo otro: Avisado de edente de la Real no que se tra comerciante.



Y ahí conti de Cazadores, 4.º, cada vez en conservar en no abonar

Afirma que la ley del sistema métrico decimal, no tiene nada que ver con el nombre de una persona.

Que él es Cuadra, y que aunque el Presidente se encapriche en que no lo sea, él siempre se firmará Cuadra y no de otro modo. Y añade que Cuadra y todo como es, no merece vivir enjaulado en la cuadra de un batallón, mucho menos cuando este es el cuarto-quinto de Cazadores.

Y por último, que más digno de una cuadra será el Presidente de la República; pero no cuadra de cuartel sino....

El último párrafo va por cuenta nuestra y no del comerciante, preso por el bon plaisir de don Juan I. Borda, alias, Presidente de la República.



Aventuras de Robuchón

Mendoza Febrero 18 1896.

Estinado compañero:

Apurado por las exigencias del tropero que

deseaba partir con luna para esa ciudad, me vi obligado á inte que empecé á es Enero del corrienta del arroyo de parlamento de la blica Oriental del hoy 18 de Febre después, voy á hotel de Mendo provincia del mismo nombre, en la República Argentina.



De suerte que, por una de las tantas singularidades y rarezas de mi viaje á Nueva York, en los Estados Unidos de la América del Norte, una comunicación comenzada en un departamento de la patria de Artigas y de los Treinta y Tres, que puede llamarse fronterizo con la antigua Confederación del Río de la Plata, va á ser concluida en una provincia de la tierra de San Martín y de Belgrano, limitrofe con Chile, la nación de Carreras y de O'Higgins.

Entre el principio y el fin de la presente, hay casi un mes de por medio y miles de kilometros de distancia! A cuántas reflexiones y filosofías se presta el asunto! Pero las omitiré en gracia de la brevedad, para continuar con la narración de mis variadas aventuras, que no las encontrará Vd. más extrañas ni en los libros del famoso Stanley, ni en las novelas de mi reputado compatriota Julio Verne.



Así que las chinas me proveyeron de ropa y enterraron la mía, porque me aseguraron que solamente de esta manera desaparecería el perfume del zorrillo—ropa que me devolverán jabanada y planchada á mi regreso—me obsequiaron con un buen pucherete de oveja y su plato de pirón, un corderito asado, mate dulce de leche y tortas recién fritas. Agasajadoras las mujeres del campo! Además me convidaron á dormir con ellas; es decir, en el rancho, invitación que acepté sumamente reconocido.

Antes de recogerme, una de las muchachas, bastante bonita por cierto, para regalarme más, trajo de su cuarto una guitarra vieja, con el mango lleno de cintas blancas y celestes entrelazadas, y se puso á puntear un estilo criollo de música suave y melancólica. En seguida me cantó unas largas décimas, que le agradecí con toda cortesía, y luego me preguntó si yo no me florecaba en algún instrumento, aunque fuera el acordeón ó la marimba.

—Desgraciadamente, respondí, no toco pito ni flauta, ni siquiera el bombo. Para el bombo, señorita, nadie como el redactor del diario oficial.

La moza no comprendió la sátira; mas se sonrió como para significarme que la entendía. He visto que lo propio pasaba en el teatro Solís con muchas personas decentes de ambos sexos, que asistían á las representaciones de ó é italianas; cu sin saber de la para no apare esos idiomas, mar grande in comedias, y ce carcajadas uno que otro pasaje, siguiendo el movimiento de la cabeza, según la frase militar.



—Sin embargo, bailará Vd. prosiguió la chica.

—Eso sí, el cancan.
—Y qué es el cancan?
—Una especie de cuadrilla ó galop.
—Bueno.

Y arrancóse la moza con un rasgueo. Yo acerté á indicarle el compás de la danza, y de allí á un minuto el Robuchón del viaje se había convertido en un hábil maestro en el arte de Terpsicore. ¡Qué saltos! Qué ademanes! Qué embestidas y qué retiradas! Como en peno jardín Mabilde de inolvidable memoria.

Las mujeres abrían tamaño boca y ojos, especialmente la de la guitarra. Yo cada vez más enardecido, con los gestos y piruetas más extravagantes de un cancan furioso, acabé por tirarme de barriga al suelo, manoteando y pateando, alzando y bajando el vientre, y sacudiendo las caderas á un lado y otro con culebros de serpiente.



—La pucha! exclamó la vieja. Este nación se ha trastornao con el jedor de la miada del zorrillo. Por lo pronto voy á refrescarle el mate con un baldazo de agua.

—Ah! no, señora, no, señora, contesté levantándome. Basta de fandango, y si Vds. me permiten me retiraré á la pieza que dispongan.

—A la cocina, murmuró la vieja. Vd. no es de confianza, pa mi gusto.



Y me llevaron á la cocina. Allí me acosté en mi carpa y caí lo mismo que un tronco. Bien de madrugada, cuando yo soñaba conversar con los repórteres de los diarios yankis, entró la vieja, articuló secamente unos buenos días, encendió fuego, calentó agua, echó un pedazo de carne en el rescoldo, me ofreció mate amargo, me sirvió el churrasquito en un plato de latón, y apenas engulló el desayuno me dirigió estas palabras:

—Mozo, ya es hora de que se largue de aquí con viento fresco. Y mire, le aconsejo que no repita en otra parte ese cancan, que es una danza muy sucia.

Quise darle explicaciones y aun satisfacciones; pero me tapó los labios con la mano izquierda y con la derecha me señaló la puerta de la cocina, arrugando el ceño y rechinando los dientes. Ante una mímica tan clara, cogí mi tienda campestre, encajé un cumplido á la señora, dejé recuerdos para las chinas y abandoné la casa, medio perseguido por los perros que ladraban en pos

de mí y se me ra morderme, á me costó trabar con el mástil de de menos el rrillo que los día antes.

Un recibo miento tan corpedida tan poco afectuosa! El maldito cancan tuvo la culpa de un desenlace tan en contradicción con el prólogo de este capítulo de mis aventuras.

Andando, andando, como el judío errante, llegué con el crepúsculo vespertino á la Colonia, donde los dueños de hotel me confundieron con un gauchito pobre y me cerraron la puerta en los hocicos. Merced á un humanitario caballero, pernocté en un galpón atestado de ratas. Al día siguiente conseguí, por intermedio de ese mismo señor, unos maderos apollillados y unos maneadores peludos, con que empuñé la construcción de una armadía para cruzar el estuario. Noticié de mi propósito á la policía, y esta me prohibió que finalizase la balsa, á la cual iba á plantar de vela la lona de mi carpa, ya en bastante mal estado.



—La jefatura no consiente que Vd. exponga su vida en un barco tan primitivo, me manifestó un comisario muy cortés.

—Qué se le importa á la jefatura? No soy yo dueño de mi número uno? A qué se meten en camisa de once varas?

—Mr. Robuchón, ha incurrido Vd. en multa por hablar de varas. No obstante, se la dispense con tal que obedezca la orden.

—Hacer comisario, cada uno goza del derecho de saber de su... capa un sayo, sacrebleu!



CARNAVAL POLÍTICO



Hace mucho que empezó.
¿Mas cuánto tiempo duró?
Pero así será el final
Del terrible carnaval.

—Mr. Robu municarle que si su tema de lanzar palitroques, se le y se le enviará fuerza al manico



chón, sientó Vd. insiste en se al río en esos tomará por loco con chaleco de mi del Reducto. da. El comisarius trece. Últim que la policía me había impedido navegar en mi proyecto de balsa. Expidiéronme el documento y me presentaron a un patrón (de chalana que iba á zarpar para Buenos Aires. El patrón me concedió pasaje gratuito y me condujo á su buque. Subimos á bordo..... Levaron anclas..... y á la gloriosa capital del Sur!

Apenas salimos de la Colonia, nublóse la atmosfera, ennegrecióse el río y el pampero desató sus terribles furias. La chalana casi se tumbó de costado. El patrón pretendió tornar al puerto.

—Nunca! prorrumplé apuntándole con el revólver. A Buenos Aires, contra viento y marea! Y acordándome de unas palabras de César en ocasión semejante, añadí:

—Qué temes? Adelante, adelante. Llevas á Robuchón y su fortuna!

Ni el quos ego de Neptuno! Instantáneamente cesó el pampero, despejóse la atmosfera, apaciguáronse las ondas irritadas, y la nave se deslizó como un cisne por el río claro y azul. Entonces me recosté á la borda y arrojé lo que del desayuno de la mañana anterior me quedaba en el estómago... y no arrojé las tripas por un milagro de la Providencia. No me mareó la tempestad y me mareó la calma! Caracoles! si me soplo en mi proyecto de barco, qué banquete se dan con Robuchón los sábalos y las mojarras!



Por fin atracamos á la dársena de Buenos Aires. Un numeroso pueblo me esperaba allí... ¡Viva Robuchón! Viva el heroico Robuchón! Yo me descubrí ceremoniosamente. ¡Qué delirio produjo mi desembarco! Acercóseme un edecán del Presidente anunciarme que aguardaba en el palacio de Gobierno y ra visitarlo in --Así con excursionista? camisa de za



Roca, para que S. E. me el palacio de que me digna mediatemente. mi traje de Qué traje: una raza, unos calzoncillos de algodón y un chiripá ordinario. La chaqueta me la habían robado, no sé como.

—Así, Mr. Robuchón, y también con la carpa.

Yo me excusaba con el edecán y este como si oyerá llover. Agarróme del brazo; eso sí, con mucha galantería, y trepamos en su coche. Detrás de nosotros mil carruajes con ocho mil individuos. ¡Viva Mr. Robuchón! Viva el heroico Robuchón! Un triunfo que ni los emperadores de Roma. Descendimos en el palacio de Gobierno. Sonaron los tambores y la guardia me presentó las armas. ¡Qué diferencia entre mi salida de Montevideo y mi entrada en Buenos Aires!

Recibíome dignamente el general, se informó de mis aventuras, me favoreció con recomendaciones para el gobernador de Mendoza, para el Presidente de Chile y otros personajes, me brindó un cigarro puro, me acompañó hasta el portón de la Casa Rosada y apretándome la mano, me dijo:

—Feliz viaje, Mr. Robuchón, y alerta con los indios salvajes. Luego, como distinción última, me ayudó á cargar mi tienda de campaña.

El edecán me condujo á un restaurant de la calle de la Florida. Allí tragué y bebí hasta no



poder más, sin curarme de pagar la cuenta, que los Robuchón no se ocupan de esas pequeñeces. La multitud se apiñaba en la calle. Yo dobié Rivadavia arriba, precedido de una orquesta de primo cartelito y escoltado por diez ó doce mil curiosos ¡Qué apoteosis!

En la plaza 11 de Setiembre, donde me paré para descansar un rato, se paseaba el general Mitre, los doctores Alem, Pellevarios ministros vanciales y ex-sales, periodistas, batallón.... La eminentes! Toban, me festejaban. Un coronel ofertándome un abultado rollo lacrado y sellado.



—Y esto, señor coronel?

—Son veinte mil pesos que sus muchos admiradores me han encargado entregue á Vd. para gastos de viaje.

—Oh! merci, merci bien; mas yo he jurado arribar á Nueva Yorck sin un centavo en el bolsillo.

En resumen, estimado compañero, tuve que enojarme con el coronel para que se guardara los diez mil nacionales en oro, ó mejor, para que los distribuyera en mi nombre entre los hospitales, casas de huérfanos, asilos de mendigos y demás establecimientos de beneficencia.

—Se cumplirá su mandato, Mr. Robuchón.

Y siempre los ¡Viva Robuchón! Viva el heroico Robuchón! Mitre me prometió su *Historia de Belgrano*, Saldías la de don Juan M. Rozas, Pellevrini emborraron dos artículos sobre mis aventuras, más importantes que las de Telémaco, y Alem me nombró correspondiente-sal-viajero de la Unión Cívica Radical. Yo, de tan conmovido, lloraba más que Edmundo de Amicis, el literato más plañidero que conozco.



Después que me abrazaron más de doscientos señores de lo principal, que casi me sofocan, continué mi camino sin orquesta, aunque todavía con seis ó siete mil curiosos á la cola. Ya en la plaza de San José de Flores, una población de verano á diez kilómetros de la gran capital del Sud, me encaramé en un eucaliptus con la ligereza de un mono, y desde esa tribuna improvisada, frente á la iglesia, —una iglesia muy linda en verdad—espeté un discurso al pueblo, donde á la vez que le demostraba mi inmensa gratitud por la honra que me había dispensado, le pedía que se disolviera, volando cada mochuelo á su olivo.

Inmediatamente, sin cesar sus ¡Viva Robuchón! Viva el heroico Robuchón!, la gente ways y desapa de mi eucaliptus, me extendí á la sombra clinando mi capá á guisa de rre los ojos y Morfeo. De pronto sentí un puntapié brutal en las costillas y escuché una voz aguardentosa que bramaba:

—Eh! atorrante, atorrante, á la casúa!

Desperté sobresaltado... y percibí un vigilante que me amenazaba con el machete!

(Continuará).

Montevideo, Minas, Paysandú San José y Rivera

MONTevideo
Efectuóse el sorteo
De las personas,
Que compondrán las mesas
Inscribidoras.
Del cual sorteo,
Marcianos y marcianos
Solo salieron.



Quiero decir, amigos
Del que nos manda,
Y ya todos sabemos
Cómo se llama.
Así, no esperen
Que saque á luz el nombre
Del Presidente.

Convendrán los lectores
En que el destino,
Favorece al glorioso
Colectivismo.
Mientras al pueblo,
Le acosa de tal modo
Que causa miedo.



Tuvo lugar el acto
Según se corre,
Con las puertas cerradas
Y á media noche.
La hora propicia
En que hacen los morrongos
Sus pillerías.

Y según lo refieren
Varios vecinos,
Hubo toda la noche
Grandes maullidos.
Bien que lo creo...
Porque todos los gatos
Andaban sueltos!



MINAS

Entre el general Esteban
Y el comandante Gerona,
Tienen á la pobre Minas
Medio atribulada y loca.
Que los corrales de Abasto,
Una riquísima torta,
Que solo al pensar en ella
Se les hace agua la boca.....
Que la Junta.... Buena junta
Para lucirla en la horca,
Añadirá de seguro
La canalla opositora,
Cuando la Junta es compuesta
De honradísimas personas.....
Que las reuniones de obreros.
¿Obreros de malas obras?
Con músicas ratoneras
Y cielitos y milongas.
(Para músicas estamos,
Dirá la gente rabiosa)
Que las mesas que se llaman
O las llaman inscriptoras,
E inscribirán hasta muertos
Si tanto se les antoja....
En fin, que las cosas estas,
Y además aquellas cosas,
Es ei caso y el asunto
Que el Esteban y el Gerona,
Están jugando y jugando
Con Minas á la pelota,
Y entre allá va y allá viene
Y vuelve y revuelve y torna,
La ciudad de Lavalleja
Vese atribulada y loca...
Faltaría solamente
Que terciara Idiarte Borda,
En favor de los autores
De la farra escandalosa,
Para que la pobre Minas
Agarrase una pistola,
Y se saltara los sesos...
Para terminar su historia.
(Aun cuando mejor sería
Vaya cual postdata ó nota,
Que saltara los de todos
Los hombres que la joroban,
Si es que hay sesos en los males
De tan conspicuas personas.)

PAYSANDÚ

Dijo don Juan que gozamos
«Paz en libertad»; y es cierto,
Más que nosotros ni un muerto
Tiene paz en libertad.
Para demostrarlo, sobra



Lo que en un diario he leído,
Ayer ó antier venido
De la homérica ciudad.

En esa ciudad, sonadas
Las once horas de la noche,
Nadie, á caballo, ni en coche,
Ni en bicicleta, ni á pié,
Puede por calles ó plazas
Detenerse un solo instante.
De esa libertad brillante,
Lector, qué me dice usted?

Todos los niños que andaban
Recogiendo serpentinatas,
Durante las peregrinas
Burradas del carnaval,
Iban á la cárcel, todos,
Pese á sus llantos y gritos;
Alzar esos papelitos
Era un acto criminal!

Un chiquilín de diez años,
Especialmente, cogido
Infraganti y aprehendido
Por un cabo zascandil,
Fué «arrastrado como un perro
Hasta la comisaría.»
Por un bruto que vestía
Traje de guardia civil.

«La concurrencia indignóse»
Dice textualmente el diario,
Del proceder arbitrario
Que ese vigilante usó.
Con que indignóse? No obstante
Consintió tal atropello!
Porqué al bárbaro el resuello
De un golpe no le metió?

Mientras algún ciudadano
No haga un ejemplar con esa
Gente de garra ó de presa
Más que digna autoridad,
A pesar de los mensajes
Muy propios para los memos.
Aquí no disfrutaremos
«La paz en la libertad!»

SAN JOSÉ

El jefe sigue riendo
De todo abastecedor,
Sigue aguantando y sufriendo
El pobre consumidor,
Y la Junta, á lo que entiendo,
De la ciudad en favor,
Sigue inútilmente haciendo
Reclamos al superior.
Así todo va siguiendo...
Pero de mal en peor.

RIVERA

Qué ocurre en Rivera?
Se expatria Seguí,
A don Manuel Cuadra
Lo traen preso aquí,
Y todo un ministro
De Guerra va allí!

Pedragosa dice
Que aquel que emigró,
Cabe la frontera
Me lo guerrilló,
Con una partida
Que en Santa Ana armó.

Seguí lo desmiente,
Y afirma á la par,
Que aun cuando sin alas
Tuvo que volar,
Porque Pedragosa
Lo quiso... cazar.

Dicen que está preso
Cuadra, por saber
De cierta patriada
Que hubieron de hacer,
Contra de la buena
Sante del poder.

Qué pasa en Rivera?
Se ignora en verdad.
Lo que sí, nos consta
Que en la actualidad,



La *Uruguaya*, fábrica de fósforos del señor Villemur, nos ha obsequiado con un ciento de cajas de cerillas. Las cajas son de las recientemente inventadas por los señores F. Carbone y E. Aubriot, que han obtenido privilegio del Poder Ejecutivo. Agradecemos el regalo

Del órgano de las vírgenes políticas:

«El domingo á lugar en casa del Gorgoroso un ani máscaras. Como se daba esa noche, que estubo con Vaya un elogio del baile! De seguro que el doctor Perez Gorgoroso no pertenece á la sociedad de la Alabanza Mútua. Sino, otro gallo le hubiese cantado!



Oh! bando de las doncellas impecables!

Un telegrama de Buenos Aires, fecha 19 del corriente:

«Anoche á las 7 12 llegó al Tigre-Hotel acompañado de varias personas Federico Vidiella (como quien dice Juan de los Palotes) ministro de Hacienda de esa República.

«A las 5 a. m. había salido en un vapor de la carrera de Paysandú, tomando luego en la Colonia el vapor *Vigilante* (así lo fuera el ministro para el tesoro) á fin de seguir viaje á esa. «El vapor varó en las Tres Bocas de entrada al río Capitán, y fué necesario que diestros marinos de las islas, prestaran asilo á S. E. y á su comitiva, para trasladarse al Tigre-Hotel.»

Qué mal augurio la varada de un *Vigilante*, nada menos que en las *Tres Bocas* de un *Capitán!*

A propósito de las Bocas, cuáles son las tres bocas que comen más en la República *Uruguaya?*

—La del Presidente, del ministro Vidiella y del general Díaz. Si el público supiera cuánto comen esas bocas!

Cuentan que al vararse el vapor, preguntó don Federico:

—En dónde estamos?

—En las Tres Bocas, le respondieron.

—Ay! continuó el ministro, quien tuviera tres bocas para beber... agua fresca!

La exclamación de S. E. se explica. El 18 de Febrero, día de la varada, hacía mucho calor!

De *El Día*, hablando del carnaval:

«Hubo comparsas alegóricas. Una, dedicada á un alto y pensado personaje, llevaba este letrero en el carro: *FARRA GENERAL EN LOS DÍAS DE CARNAVAL*; y en un grabado se veía á un chanchito montado por un general.»

Así como la gente se figuraba que un sujeto caracterizaba al ministro Vidiella, según cierta caricatura de EL NEGRO TIMOTEO, así también se le antojó que el general del chanchito, copia de otra caricatura de EL NEGRO TIMOTEO, representaba al general Díaz, ministro de la Guerra.



Protestamos con indignación—al igual de los ciudadanos que consienten les roben sus derechos electorales los soldados de línea vestidos de paisanos, y á pesar de su indignación no rompen el alma á los usurpadores de sus votos —protestamos con indignación contra la malicia de la gente.

Las caricaturas del general montado en un chanchito y del patán con el medio barril en la cabeza, que aparecen en EL NEGRO TIMOTEO, no aluden al señor Vidiella ni al general Díaz. Respetamos mucho á entrambos caballeros... para ponerles en berlina.



—Todavía si fuese en un carro...!

—Fúnebre?

—No; en un carro de *mudanzas*, como augurándoles un cambio de domicilio....

—Del ministerio á la cárcel tal vez?

—No tanto, del ministerio á sus casas.

La *Prensa* del Salto ha transcrito un suelto de nuestro periódico y elogia una de sus caricaturas. Gracias.

La *Opinión* de la Asunción del Paraguay, publica algunas producciones del redactor de EL NEGRO TIMOTEO; pero esta vez les pone el seudónimo del autor.

—Oye un resumen de lo que dijo cierto orador hablando de cierto ejército.

—Lée.

—«Hizo una pintura sombría de la situación del individuo de tropa. Citó casos que no son sino repetición de muchos otros ya conocidos: castigos inhumanos por faltas levísimas...»



—Ya sé á qué ejército se refería el orador. Lo que me extraña...

—Silencio. «...humillaciones increíbles, nada más que para hacer sentir al soldado la superioridad del oficial...»

—Lo que me extraña es que haya habido un representante tan independiente...

—«Hablando de la clase privilegiada de los oficiales, la atacó con pasión, denunciando la inmoralidad militar que impera en esa clase.»

—Quién se expresó en términos tan claros? Tal vez el diputado Flores, que por muerte de un obispo suele cantar las verdades del barquero?...»

—No, el diputado Bétel.

—Bétel? Aquí no hay ningún padre de la patria de ese apellido.

—Pero si el caso ocurrió en Alemania!

—Caracoles! Pues me parecía que se trataba de la República Oriental. Lo cual prueba que en todas partes cuecen habas.

—Y también que no en todas partes hay diputados Bétel!



Dijo don Juan en su mensaje:

«Bajo mi gobierno no hay un solo oriental que encuentre cerradas las puertas de la patria.» Ni tampoco sobre su gobierno.

Las puertas de la patria no están cerradas para nadie. Lo que falta saber es en donde están esas puertas.

En Madrid se habla de una puerta del Sol que no existe y en Turquía de una sublime puerta que no se vé.

Tal nos parecen las puertas de la patria, que dice don Juan no están cerradas para nadie; y que por consiguiente están abiertas para todo el mundo.

Así también es la emigración que sale por las puertas figuradas; aunque la emigración sale en realidad.

Crítica social

IR POR LANA Y SALIR TRASQUILADO
(Cuadro de costumbres criollas)

A mi amigo Guzmán Papini y Zás.

III

Apenas sonó la última campanada de las once, nos dirigimos en columna, bromeando y riendo, hacia la casa del amigo Gonzalez y nos colamos en ella, como Pedro por la suya.

La fiesta no estaba mala. Lindas muchachas, buenos vinos, masas apetitosas, música alegre y gran profusión de luces. El baile animadísimo. No se podía pedir más. Gonzalez se había portado con esplendor, y nosotros juramos hacer debidamente los honores á todo aquello que se nos brindaba con tanto desprendimiento.

Nuestra entrada no pasó desapercibida. Claro, como que éramos cerca de quince, todos de buen humor y dispuestos á prolongar la fiesta hasta caer rendidos de cansancio. Así es que nos prometimos retribuir de la mejor manera los agasajos que se nos dispensaban.

Nos echamos á andar por los dos salones en que se danzaba, buscando alguna personilla que nos agradase, lo que no era difícil, porque había muchas muy bonitas y en abundancia. Lo único que faltaba es que nos admitiesen como sus caballeros, cosa que no siempre tenemos la seguridad de conseguir.

De un vistazo recorrí la fila de las que se hallaban planchando y me fijé en una joven, ya que no hermosa, simpática por demás y que me flechó desde el primer instante.

—Aquella es la que me conviene, dije para mis adentros, y antes que la saque otro, voy á invitarla yo. Me figuro que esta noche pegaré golpe con esa chica. Si sale conmigo, no la suelto hasta la madrugada.

Paso á paso y pensando lo que iba á espetarle, me apoximé á mi futura compañera, que conversaba con una señora de cierta edad, acaso la madre... ó la abuela. Casualmente en ese instante los instrumentos empezaron á tocar un vals.

—Señorita, le dije inclinándome ante ella, sería Vd. tan bondadosa que me concediera el placer de acompañarme?

—Le concedo ese placer, me respondió al punto, levantándose mientras yo le ofrecía mi brazo.

Entreverámonos con las otras parejas y durante un rato permanecemos en silencio, ocupados en dar vueltas y más vueltas por la sala, como dos trompos de los más bailarines. Al fin cambiamos algunas palabras insignificantes, y concluido el vals, suponiendo que la joven tendría sed, la convidé á tomar algo. Me contestó que sí y pasamos al comedor ó pieza de los comestibles y bebidas.

IV

Sin que faltara uno, allí estaban mis amigos; pero solos, como los gallegos de la historia, es decir, sin compañera. Se habían declarado dueños de una multitud de botellas y se entregaban al chupe con verdadera fruición.

Más de tres y de cuatro, mostraban los ojos brillantes, saltones y colorados, á la vez que chiquitos, y se extendían de una manera indolente en los asientos, como si la fatiga los hubiese postrado. Sus miradas eran vagas, mortuorias, y sus rostros incitaban á reír. Tenían los cabellos caídos sobre la frente, los labios entreabiertos y mojados, rojas, muy rojas las mejillas...

Otros se daban un atracón de dulces; «querían saber si la Americana producía excelentes confituras,» y las acompañaban á menudo con grandes copas de Oporto ó Jerez, porque «se les secaba la garganta con las masas que comían y consideraban necesario refrescarla.»

Aseguraban estos que «recien comenzaban á probar de lo que allí se veía,» y según mis cálculos ya habrían vaciado siete ú ocho botellas y una ó dos bandejas de dulces quizás.

Entretanto los que «no habían probado nada,» valga lo que decían, se entretenían en

saborear de todos los vinos y de todos los dulces, haciendo en su estómago un revoltijo espantoso, que más tarde produciría los efectos consiguientes. Gonzalez observaba callado la conducta de aquellos mozos de la mejor sociedad.

Yo no me extralimité en lo más mínimo porque llevaba una mujer al lado, que sino, también hubiera echado una manito en el asalto á la mesa, atiborrándome de comestibles y bebidas, que parecían gritarme: «No desperdicies la ocasión, que no todos los días hay boladas como esta.»

Mi compañera paladeó un sorbete y ya apuré un refresco que un servicial amigo me alcanzó, después de lo cual tratamos de volver á los salones de baile.

—Ole, chico,—vocó uno de los que tenían los ojos brillantes, porqué no vienes con nosotros aquí? Cuidadito con meterte á monje, que hemos de correrre del convento á chaguarazos.

—Que no te roben el tiempo las damas: Aquí te esperamos para fumar un cigarrillo, que Gonzalez les ha comprado muy pitables.

—Ché, que Dios te conserve la compañera por mucho tiempo.

—No te pierdas de vista.

—Ni te olvides que aquí se engulle de lo lindo y se remoja la garganta en grande. Con qué te aguardamos?

—Sí, contesté retirándome de aquel lugar, temeroso de que mis amigos alzasen la prima y se les escapara alguna obscenidad delante de mi compañera, que se hallaba nerviosa, turbada, colibida, como que presenciara por primera vez el espectáculo ó beneficio que daban mis colegas del Club.

V

—Esos caballeros son amigos de Vd? me preguntó la muchacha una vez que dejamos el ambigú.

—Sí, señorita: esto es, llegamos juntos á lo de Gonzalez.

—Qué mozos! Si no hubiera visto como estaban... no lo hubiera creído.

—Qué quiere, señorita? Así es la generalidad y no debe Vd. asombrarse.

—Cómo?

—Que así es la generalidad de los mozos de mi generación...

—De veras?

—Esos que Vd. ha visto allí, consagrados á los juegos brutales de la mesa, son hijos de las familias más decentes y forman parte de nuestra juventud dorada. Como en toda regla, hay excepciones, pero una menos cada día, porque el mal avanza á pasos de gigante.

—Dorada juventud!

—Lo que sí, á esos mismos calaveras no los conocerá mañana en la calle, pues en ese sitio son distintos, á pesar del proverbio de que aunque la mona se vista de seda, mona se queda. En la calle aparecen cual modelos de compostura y dignidad.

—Si Vd. gusta nos sentaremos, expresó mi compañera.

—Nos sentaremos, señorita.

—A mí el baile, se lo confieso, no me agrada mucho.

—Tampoco á mí.

—Seré indiscreta, añadió la chica, si le ruego continúe la conversación respecto de sus amigos?

—Indiscreta? Y agregué para mi levita: Vaya, esta joven se ha interesado por nosotros los pecadores y desea conocernos á fondo. Pues á costa de mis amigos voy á captarme sus simpatías. Despelletémoslos; aunque no he mentido gran cosa en el bosquejo que trazé de los muchachos.

—Entonces escucho á Vd.

—Señorita, le voy á hablar con el corazón en la mano, sin quitar ni aumentar punto ni coma, como vulgarmente se dice. La juventud de hoy —salvando las excepciones, por supuesto—vá moral y materialmente de capa caída. El cáncer de la corrupción ha desarrollado en ella sus

vigorosas raíces, de modo que la enfermedad ya no tiene remedio.

—Ni con el específico que acaban de descubrir?

—Ni con el seroterapium, si no me he equivocado en el nombre. Ayer un mozo era estimado, entre sus contemporáneos, por su regular comportamiento, su noble carácter, su inteligencia, sus virtudes, su amor á los suyos. Hoy tan bellas cualidades no significan méritos. Los méritos de un joven del día consisten en los vicios que lo adornen. Cuantos más vicios luzca, más méritos lo maltecen.

—El mundo al revés.

—Aquel que juega como el tahir más desenfrenado, aquel que come más que un Gargantúa, aquel que bebe licores más que una mula agua, aquel que más se burle del bello sexo, se jacte de poseer una media docena de dragonas ó palpites, aquel que siempre concurre á toda clase de farras, aquel, por fin, que no vacila en realizar de noche lo que se avergonzaría de efectuar á la luz del sol, ese es el joven de méritos distinguidos, el mimado por los demás, el sobresaliente en toda la línea.

—Y el reverso de esa medalla?

—Es un tipo, un cursi, un bobeta, un guiso, un imbécil, un cretino, un inútil, un hombre al agua. Este no desempeña ningún papel en el mundo; no sirve ni para tacho de cañón, y lo miran con lástima ó con desprecio.

—Hermosa pintural

—El que en un velorio, batuque ó juega no se ponga como una cuba, el que en un garito no apunte una moneda á una calle, á un blanco ó negro ó á un número para tantear la fortuna, á ese lo destierran de la comandita. El que no haga cinco ó seis conquistas y á todos se las señale con el dedo, es un maricón. El que se rehuse á ir de verbena, que equivale á ir de farra de café en café ó de almacén en almacén hasta donde campean los de pecho de bronce, es un... perdone, usted, señorita, es un manflora.

—Caballero!

—Le he pedido disculpa por la palabra, pero es la palabra en uso. Últimamente, joven que no se haya contaminado, que se conserve honesto y digno, es un caro á la izquierda, y los fastidia. La corrupción es como un paño que con sus numerosos tentáculos sujeta á la mayoría de nuestros jóvenes y los arrastra, los arrastra. Y ellos allá van sin importárcelos un ardite de lo que ha de sobrevenir. Ansian disfrutar, ó mejor, abusar de la vida antes de llegar á hombres... Hoy, señorita, un mozo de diez y siete años, acomete empresas que treinta años atrás no se atrevía á ejecutar una persona de cuarenta. Hé ahí los frutos de la civilización y del progreso....

—Mal aprovechados.

—Sí, muy mal aprovechados. Y la culpa la tienen nuestros padres; no, algunos padres, que muy poco se ocupan de sus hijos y les otorgan una libertad ilimitada sin cuidarse absolutamente de su porvenir.

(Continuará)

P. W. B.

DIOS Y PATRIA
HABANILLOS
ESPECIALES
X.XX
A. SOLINO
Calle Comercio 334
Teléfono Montevideo 1175